

**SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO (C)**  
**Homilía del P. Abat Josep M. Soler**  
**2 de junio de 2013**  
**Gén 14, 18-20; 1Cor 11, 23-26; Lc 9, 11-17**

*Pan y vino.* En la narración bíblica sobre Abraham, aparece brevemente un personaje, de nombre *Melquisedec*, que era *rey* y *sacerdote*. El fragmento que habla de él, lo hemos leído en la primera lectura. Este personaje, en su encuentro con Abraham, *sacó*, según dice el texto, *pan y vino*, y bendijo el Patriarca. Este sacar *pan y vino*, puede tener una doble finalidad. *Sacerdote* como era, podía ser para ofrecer un sacrificio a Dios durante el encuentro con Abraham. Pero podía ser también para ofrecerle hospitalidad, para invitarle a tomar alimento y establecer así unos vínculos de comunión sellados por la comida compartida. El texto bíblico lo deja abierto.

*Rey, sacerdote del Dios Altísimo*, portador de *pan y vino*, fuente de bendición. Con estas características, queridos hermanos y hermanas, no cuesta mucho entender que los Padres de la Iglesia, que leían siempre la biblia a la luz de Jesucristo, vieran en el episodio de Melquisedec sacando *pan y vino*, una prefiguración de Jesús, el Señor. Él es con toda propiedad el *rey* del universo (cf. Ap 1, 5), el *sacerdote* o mediador que el Padre nos ha enviado (cf. Hb 7, 15-17). Él, tal como recordaba san Pablo en la segunda lectura, *tomó el pan y el vino* en la última cena, para ofrecerlo a los discípulos y hacer que, después, ellos, con este alimento, alimentaran a la multitud, según hemos escuchado en el evangelio. De esta manera, *el pan y el vino* ofrecidos por Jesucristo se convierten en fuente de bendición para toda la humanidad.

El breve episodio de Melquisedec, leído desde Jesucristo tal como hace, también, la liturgia, nos ayuda, pues, a penetrar mejor la solemnidad de Corpus que hoy celebramos. Jesucristo, en su condición de *rey* y de *sacerdote* de la nueva alianza presentó, también, *pan y vino* como alimento y vínculo de comunión. La segunda lectura nos mostraba la dimensión de sacrificio que también tienen estos dos elementos sacramentales en la última cena y en la celebración de la Eucaristía. El *pan y el vino* dados por el Señor *la noche en que iban a entregarlo*, no son como los ordinarios. Son, por la palabra creadora de Cristo y por la acción del Espíritu Santo, *el cuerpo y la sangre* que Jesús, el *sacerdote del Dios Altísimo*, ofreció en sacrificio en la cruz por la salvación del mundo. Cada vez que celebramos la Eucaristía volvemos a hacer presente su realidad salvadora. Además, el *pan y el vino* que ofrece Jesucristo es también un signo de hospitalidad, de acogida, con la doble dimensión que nos es hecha de invitación a tomar alimento y de compartir la comida con los otros que están invitados. Este tema nos ha sido presentado por el fragmento del evangelio que hemos escuchado. En la Eucaristía, por tanto, nos es ofrecido el alimento espiritual para poder vivir como cristianos con sus exigencias, así como la comunión personal e íntima con Jesucristo que viene a nuestro interior porque quiere establecer cada día más intensamente una relación de amistad con nosotros.

La mesa del *pan y del vino* eucarísticos, sin embargo, no nos es ofrecida como algo individual. La mesa del *pan y del vino* de Jesús es la mesa de los hijos de Dios, y, por tanto, es, también, la mesa de los hermanos. Por eso la participación en la Eucaristía es inseparable del amor fraterno entre cristianos y de la solidaridad comprometida con toda la humanidad, más que nunca ahora en la era global. Además, esta mesa del *pan y del vino* transformados en el *cuerpo y la sangre* de Cristo anticipa la mesa del Reino del cielo, cuando en la eternidad podremos disfrutar de la amistad con Dios y de la fraternidad con toda la humanidad salvada; esta mesa del Reino saciará todos nuestros deseos en la felicidad sin fin.

Volvamos, de nuevo, al episodio de Abraham y Melquisedec visto a la luz de Jesucristo para entender otra dimensión del Corpus. Abraham, nuestro padre en la fe, el líder del pueblo de la alianza, aparece como inferior a Melquisedec, del cual recibe la bendición y al que ofrece el diezmo, la décima parte de todas sus propiedades, como un homenaje y una sumisión. El nuevo Melquisedec que es Jesucristo, también, nos bendice cada vez que participamos de su *pan* y de su *vino* que ofrece en la Eucaristía. Y nosotros le debemos prestar el homenaje de nuestra sumisión libre y liberadora. Porque, en el Sacramento eucarístico, reconocemos la presencia de aquel que en su doble naturaleza, divina y humana, es *Rey salvador*, *Sacerdote* que nos santifica. Por ello, la solemnidad del Corpus, conlleva la adoración de esta presencia en el *pan* y el *vino* consagrados, e invita a una oración confiada, a un diálogo de corazón a corazón, a una "mirada amorosa". Esto, junto con el trabajo para poner en práctica su palabra, es nuestros "*diezmo*", nuestro homenaje ofrecido a Jesucristo, a él que, a pesar de ser de condición divina, por amor se ha hecho hombre (cf. Fil 2, 6-8) y se ha quedado entre nosotros (cf. Mt 28, 20).

En el contexto del año de la fe, se nos propone hacerlo de un modo particular en el día de hoy, como adoración, como acción de gracias y como petición de la bendición de Jesucristo sobre todas las realidades de sufrimiento, de opresión, de violencia y de mal que hay en el mundo. Atendiendo al deseo del Papa Francisco, que ha hecho suya la propuesta de Benedicto XVI, somos invitados a unirnos espiritualmente a la adoración que se hará en San Pedro del Vaticano, a todas las catedrales y en muchas iglesias y santuarios del mundo católico cuando para nosotros serán las cinco de la tarde. En toda la redondez de la tierra habrá, por tanto, una adoración y una alabanza simultánea del misterio eucarístico que, por amor, el Señor ha dejado a la Iglesia.

Instruidos por la Palabra de Dios, dispongámonos ahora a acoger el don del sacramento eucarístico como alimento para nuestro espíritu, como fuerza para la nuestro testimonio cristiano, como sacramento de comunión con los hermanos en la fe, como llamada a anunciar el Evangelio a todos. Y, una vez acogida la presencia eucarística del Señor resucitado, démonos a la adoración agradecida y ferviente por el gran don que nos es ofrecido, que es ofrecido a toda la humanidad.